

de calles y avenidas mirándose unas a otras! ¡Abiertas en las mañanitas de sol; cerradas y frías en la oscuridad de la noche, coultando las singulares tristezas y alegrías de cada hogar!

¿Cuál sería en la avenida sétima la casa de Carmen Lyra? Mi cabeza, llena de las fantasías que crea la admiración por los literatos, imaginaba una casa lindísima de grandes ventanales, rodeada de jardines, desde los cuales las musas darían su inspiración a la gran escritora. Pero la verdad es que no teníamos donde perdernos; las señas eran claras y precisas: de la esquina de la Pulpería de Limón 150 varas al Este, a mano derecha, una casita de adobes, bajita, seguida de una tapia cubierta de flores. Nada más, y ya estábamos frente a una puertecita angosta, de madera, embutida entre gruesas paredes de adobes que formaban la puerta "de cajón" de la casa de Carmen Lyra; tal vez la puerta más antigua de la avenida sétima; la única puerta de marco ancho, bajo el cual puede uno guarecerse de la lluvia y del sol.

Subimos la grada de piedra y respiramos fuerte y profundo para animarnos a tocar en la casa, donde según las señas, vivía la profesora.

Ella misma salió a abrirnos; yo traía a flor de labio la frase lista y sin saludarla siquiera, le dije:

—Niña Chabela, vengo por el *Repertorio* que usted me ofreció.

—Entre, entre, pase adelante, no se quede allí; venga, siéntese y conversamos un ratito. Y ese muchachito, ¿de quién es? ¿Es su hermanito? Pero, siéntese, siéntese por aquí...

Y así, esa tarde de 1922, entré por primera vez a la casa de Carmen Lyra, por aquella puerta mágica, que me abrió un mundo nuevo y maravilloso, lleno de ideales, de esperanzas, de estudio y de trabajo; de amor y comprensión para todos los seres humanos que tocaban la puertecita vecina de la tapia, siempre cubierta de flores...

Desde aquel día, la ida a casa de Carmen Lyra, a traer el *Repertorio Americano*, era una aventura que yo imaginaba cada semana, soñando en el ratito amable que pasaría en la salita acogedora y cordial, conversando con ella sobre tantas cosas extrañas y maravillosas para mí alma nueva y juvenil, que bebiéndose los vientos, atravesaba presurosa las calles y avenidas que conducían a la casa de la profesora de literatura, quien en horas no lectivas, dejaba tiempo libre para contarme, como en sus lindos cuentos, las historias más bellas sobre los grandes y pequeños hechos que suceden en el mundo.

Esta semana conversábamos acerca de aquel cuadrado que está en un rincón de la sala, cerca de la ventana; son las bailarinas de Degas, me explicaba, contándome rasgos biográficos del pintor francés y haciéndome observar la técnica especial que daba movimiento y ligereza a los vaporosos cuerpos y vestidos de las bailarinas; la otra semana la conversación giraba alrededor del último concierto de Debussy o de alguna sonata de Beethoven; para mí, aquellos comentarios eran música celestial, como lejanas y extrañas fantasías de un mundo maravilloso, tan lejos de mi pobre barrio del Pacífico... Ella comprendía que yo nunca había ido al Teatro Nacional y sin decirme, con fina discreción me invitaba para que la acompañara la próxima semana al Concierto de Mendelssohn.

Esta es una hada de verdad, me decía yo para mis adentros, al regresar a mi casa po-

bre y triste, arrinconada allá en uno de los barrios bajos de la ciudad. Y semana tras semana, volvía yo, con nuevos libros, con el *Repertorio Americano*, con revistas, postales y cuadritos artísticos que ella me obsequiaba.

Y así, conversando, conversando largas horas, nos fuimos haciendo amigas, amigas de verdad; profesora y alumna conversábamos de igual a igual:

—No me diga niña Isabel; quítame ese cursi, que me cae muy repugnante, me parece tan cursi... llámeme Chabela, o simplemente Isabel, nada más, tal y como es mi nombre de pila.

¡Qué extraña profesora! ¿No sería una falta de respeto dejar de decirle niña Chabela?

Y de su lindo seudónimo Carmen Lyra siempre nos decía: ¡Es muy lindo! Pero imagínese qué desilusión se llevan las gentes cuando al conocerme van viendo esta negrilla pelona y con semejanza ñata; claro que no hago juego con este seudónimo tan sonoro.

Eso decía de ella misma, porque siempre aplicaba el sentido de la broma y del ridículo a su misma persona, como para templar mejor el arma de su ironía que dió brillo fulgurante a su pluma ingeniosa, festiva y aguda al mismo tiempo. Nosotros sus amigos reíamos sus ocurrencias y nos aplicábamos a nosotros mismos la sabia lección.

Nunca olvidaré el pícaro brillo de sus grandes ojos y los matices folklóricos de sus comentarios entre los cuales envolvía toda la ironía de su ingenio, para sacudir la fama de ciertos arbolones carcomidos, enseñándonos a distinguir entre las hojas y flores secas, las raíces y la savia verdadera que circula entre las cosas y las gentes que viven a nuestro alrededor; y entonces oyéndola, nuestra ingenua admiración por aquel profesorcillo amanerado y cursi, caía como cáscara vacía; otras veces era el libro pobre y mediocre, el que caía de nuestras manos al recibir de las suyas un tomito de *Las Cartas de mi molino*, de Daudet, o las novelas de don Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta* o la del doctorcillo Centeno.

Al despedirnos admirábamos el bello jardín cultivado con las plantas más ticas; esas humildes florecillas nuestras, que según su decir, "no la pican de café con leche", esas plantas tan agradecidas como las chinas, como la reina de la noche, las violetas y la hoja de milagro, que a unas pocas gotitas de agua responden cubriendo con la alegría de sus colores todo el jardín, protegido por la tapia festonada de guarias en este mes de abril. Y junto con los nuevos libros de Galdós y de Daudet, nos regalaba unos hijitos de pervinca, una matita de china o unas semillitas de "ojo de poeta".

Este otro día no hubo tiempo para conversar de ciencia, de arte, de música, ni de literatura. ¿Qué ocurría en la salita acogedora de la casa de Carmen Lyra? ¿Qué personaje importante esperaba a la escritora? ¿Sería algún periodista, un diplomático, un literato o algún alto funcionario del gobierno?

No, no era ningún personaje de campanillas; era una humilde mujer del pueblo, una costurera, que con su hijita prendida de las enaguas, venía a contarle sus penas y a pedirle le ayudara sirviéndole de fiadora para comprar una máquina de coser. Y ella, la escritora que amaba y admiraba los personajes de las novelas de Galáós, de Dostojewski, de Dickens y de Gorki, sabía comprender el dolor y la miseria de las gentes del pueblo que buscaban su corazón para aliviar sus penas y congojas. Y con la misma pluma que escribiera sus bellas

piosas firmaba los papelitos y recados de recomendación para ayudar a este obrero que busca trabajo desde hace varias semanas, para este estudiante que no puede pagar su matrícula, para esta mujer que tiene su hija enferma y no puede comprar las medicinas.

Yo admiraba su infinita paciencia para oír a todas las gentes que llamaban a su puerta; me parecía que restaba tiempo y energías a su labor literaria; pero la verdad es que yo también había llamado una tarde a esa puerta que se abrió de par en par para recibir a esta muchacha, estudiante de la Escuela Normal.

Hablábamos y comentábamos los problemas y ansiedades de todas las gentes que llegaban a buscarla: del joven poeta que venía a mostrarle sus primeros versos, del joven artista que traía un bello paisaje de Escazú, de la maestra que buscaba una dramatización para la fiesta del árbol, del viejo albañil que se quebró un brazo al caer del andamio, y había que ayudarlo a curarse, porque en su casa sólo entraba el sueldo que él ganaba.

"Ya ve, me decía, hay que oírlos a todos y tratar de ayudarlos. ¿Cómo podría uno hacerse el indiferente ante tantas penas y congojas que sufren las gentes? ¿No recuerda usted aquel terrible cuento de Chekov, del pobre cochero, que no teniendo a quien contar su pena en la tarde de lluvia gris, tuvo que contar sus tristezas al caballo silencioso, su único amigo?" Pero lo más grande era su humana ternura, para apagar la vergüenza y el deshonor de las demás "que sufrían algún desliz". ¿Cuántas mujeres jóvenes y viejas buscaron el refugio de su corazón para contarle los secretos de sus amores y las fatales consecuencias de esas andanzas! Entonces, entre oscuro y claro iba llegando a su casa aquella linda enfermera o la maestría ingenua, que ocultando su pecado entre las sombras de la noche, buscaba a Carmen Lyra para confesarle sus desdichas y aventuras, denunciadas en sus grandes ojeras azules que ensombrecían su rostro juvenil.

—¡No sea tontica! ¡No se ponga triste! ¡No llore! ¿Quién le ha dicho a usted que tener un hijo puede ser vergüenza para ninguna mujer? Eso no es ningún pecado; y lo mejor es que usted tenga su hijo ahora que está joven y sana; así dentro de pocos años tendrá un muchacho hecho y derecho que puede ser el gran compañero de su vida.

Y la joven madre, que entrara angustiada a la salita de Carmen Lyra, salía tranquila y sonriente, apoyada en el brazo de Chabela, que le ayudaba a bajar la grada de piedra, al salir de aquella casita, cuyas paredes de adobes eran la discreción más suave y silenciosa para contar a nuestra amiga todas nuestras preocupaciones, nuestras alegrías, nuestros secretos.

Y cuentan que como Chabela no levantara el índice acusador, ni el severo reproche contra el pecado de esas jóvenes madres, en los círculos aristocráticos decían las damas elegantes que Carmen Lyra era partidaria del amor libre. ¡Qué horror! ¡Qué escándalo!

Ella, justa y humana, se reía de esas pobres damas que no saben lo que es el amor verdadero, limpio y sencillo y salía por esas calles de Dios a buscar la bondad de las gentes amigas que le quisieran ayudar para conseguir unas mantillitas viejas, unos escarpines y unas blusitas de lana.

Había que ayudar a aquella joven madre: ¡sólo tres meses le faltaban para dar a luz su muchachito!

Luisa de GONZALEZ.